

## CARTA XI

DIGRESIÓN.—LAS FUENTES LUMINOSAS  
GRECIA*París, Julio 1.º*

No se puede negar la variedad, la opulencia de los edificios sembrados en el inmenso perímetro del Campo de Marte y la Esplanada de los Inválidos; no se puede desconocer que son ricos y bellos, cada uno según su género; sería injusto no conceder que los franceses, en general, y más en estos casos extraordinarios, se pasan de bien educados y de afables, y tratan de facilitar las idas y venidas de los forasteros, explicándoles hacia dónde han de dirigirse y cómo han de orientarse en el dédalo de la Exposición; pero también es preciso convenir en que ésta es propiamente un dédalo, un laberinto, un caos y una liorna, por culpa de la mala traza que se han dado los arquitectos al distribuir el terreno y conceder las instalaciones.

Diríase que al hacer el reparto no se tuvo en cuenta para nada la fatiga de los visitantes; antes al contrario, que se aspiró á que diesen vueltas y más vueltas sin encontrar camino ni carrera, y tuviesen que acudir á lo que aquí lo

resuelve todo, la sangría al bolsillo, en forma de alquiler de una de esas butaquitas con ruedas, tan cómodas y tan insolentes, en que, mediante dos francos cincuenta céntimos por hora, se desafía el cansancio y el calor, que ya va siendo tórrido. Ningún letrado, ninguna señal particular indica por donde debe uno dirigirse, y á cada paso se anda y se desanda el mismo trecho. El suelo está alfombrado de guijas menudas, que lastiman las plantas de los pies; el polvo forma una nubecilla irrespirable; el sol reverbera en la arena..... y el vértigo y el mareo de tanto colorín y de tanto estilo diferente acaban por quebrantar cuerpo y espíritu, sobre todo cuando se propone uno pasar en la Exposición el día entero.

Lo primero que falta es el orden de materias, tan necesario para la unidad de impresiones y para la comparación. ¿Cómo va nadie á entenderse encontrando aquí un pabellón de la Sociedad Telefónica, á diez pasos el pabellón finlandés, en seguida una casita donde tallan diamantes, y á la vuelta un teatro? Se comprende que cada cual se instaló donde le dió la gana y como pudo, y que desde un principio no se calculó la conveniencia de reunir, por ejemplo, todo lo exótico, formando un grupo aparte, y otro grupo de las industrias, y otro de los elementos artísticos, *e così via discorrendo*. Ni menos se ideó situar de tal manera estos grupos, que el visitador pudiese examinarlos de una vez y repartir el día con fruto y desahogo. Los restaurantes y *bars* lo invaden todo. Na-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO



die imaginaria, al verlos tan abundantes, que son diecinueve no más: según pululan, parecen tres ó cuatro docenas; verdad que la extensión compensa el número. En cada uno de estos establecimientos he comido, y, por consiguiente, puedo dar algún aviso útil á los cándidos viajeros que llegan aquí sedientos de color local. Aunque vean anunciado *Restaurán ruso*, *Restaurán suizo* ó *Restaurán húngaro*, no se dejen alucinar por el embustero rótulo. Todos son franceses, y únicamente para lisonjear el amor propio de una nación y embaucar á los recién llegados, cogen en cualquier arrabal de París dos ó tres mozuelas bien parecidas, las visten de carnaval, las empolvan, las emperrijilan y las mandan que sirvan, en compañía del eterno y prosaico *garçon*, el tanque de cerveza ó el *grog* helado. Sólo se distinguen estos *restaurantes*, mal llamados rusos, suizos ó ingleses, de los que continúan apellidándose franceses á secas, en que los primeros son más caros y peores que los segundos. En Tourtel, por ejemplo, sirven una comida abundante, bien condimentada, fina, sustanciosa. En cambio en el *Restaurán ruso*, amén de pasarlo mal con el calor, de llamar al mozo cien veces para que venga una, y de pagar todo por las setenas, no hay plato que pueda atravesarse, como no sea el *koliviác*, ó pastel de salmón, único condimento moscovita que allí ofrecen.

En el restaurán de la prensa, donde sólo les está permitido entrar á los periodistas, se come bien y se encuentra espacio y aseo; mas si los

primeros días el precio fue arreglado y módico, hoy ya alcanza el diapasón general de las comidas aquí, y una chuleta cuesta tres francos, y un platito de rábanos y manteca dos y medio. El que quiera comer bien, debe resolverse á frecuentar la bonita terraza de Tourtel; y al que solicite baratura, le recomiendo los Duval, que son siempre un prodigio de economía y limpieza.

\*\*\*

El sábado asistí á la inauguración del Pabellón mejicano. Es un edificio espléndido, de arquitectura azteca, al menos tal cual hoy puede reconstruirse este estilo, siguiendo las lecciones de los sabios arqueólogos mejicanos é ingleses que lo han estudiado á fondo. Mezclado con los demás edificios cosmopolitas sembrados á granel por la Exposición, el pabellón de Méjico no se exime de parecer una decoración de ópera—que tal es el defecto de estos *pastiches*, atendida la imposibilidad de darles en poco tiempo la armonía de líneas y de tono que sólo procura el transecurso de los años. En el desierto, y bajo un ramillete de árboles tropicales, no dudo que tendria este pabellón más simpática traza. La Exposición, con su industrialismo arquitectónico, prueba cumplidamente que una arquitectura es inseparable de un país, de un clima, de un cielo y de una raza, y que traerse á la Esplanada de los Inválidos las chozas esquimales y las quintas galo-romanas



será muy entretenido para los muchachos, pero no satisfactorio para el artista.

Inauguróse, pues, el pabellón con asistencia de Carnot y de las personas más distinguidas de la colonia hispano-americana en París. Había mucho traje fresco y primaveral, mucho sombrero florido, muchos abanicos y bastante olor de *ilang* y de almizcle, flotando en la atmósfera; nos dieron unos ramillos de flores asaz mal configurados, y que podrían valer como diez céntimos, en la estación presente; nos ofrecieron además champagne, helados y otras frioleras; vimos varios pajaritos disecados, que asemejaban la instalación mejicana á un gabinete de historia natural: nos quedamos con la curiosidad de probar el *mezcal* que se ostentaba bien embotellado allí; admiramos los pintorescos trajes de los *gauchos*, expuestos en maniqués, y salimos cuando ya las fuentes luminosas habían extinguido sus olas de rubí, zafiro y esmeralda.

\*\*\*

Sobre la luz en la Exposición, hay tela para escribir una carta larguísima. Todos los esplendores del gas y toda la magia de la electricidad se agotan en las fantásticas noches de la Exposición. Ha conseguido la industria humana resolver el problema de que la claridad del sol,

monarca de la luz, padre del día,

quede afrentada y hasta sea importuna é insufrible en comparación de la incandescencia eléctrica. Porque el sol es el calor; el sol es el polvo, la sed, la muerte de las flores que inclinan su cabeza marchita; y la luz eléctrica es el reposo, la frescura, el misterio, la magnificencia, el teatral esplendor de esta gran fiesta pacífica.

La galería de las esculturas, bañada por la claridad sideral de centenares de globos blancos, es una visión celeste: diríase que aquella dulce luz quita su frialdad al mármol, su insipidez al yeso, y presta una vida latente á las estatuas. ¿Pues qué diré de la Galería de las Máquinas, donde lucen á porfía los globos rojos y verdes de las incandescencias y la claridad lunar del arco voltaico? ¿Qué del reflector Eiffel, colgado en los aires á modo de faro sobrenatural, de cabeza de Moisés, en que los rayos, en lugar de dirigirse al cielo, se inclinan hacia la tierra, vagos, fluidos, vaporosos, como una gloria inmaterial que desciende á nuestras manos?

En cuanto á las fuentes luminosas, quien no las haya visto no puede imaginárselas. Son una cascada de diamantes, de rubíes y de topacios: cada gota se ve aislada brincar en el aire convertida en piedra preciosa; el salto—ya tan hermoso de suyo—del agua que se lanza y vuelve á caer rota en líquidas perlas, aparece con la gracia y la elegancia de erizado plumaje de cisne que se enrespa sobre sus delicadas alas.

La explicación de tan hermoso fenómeno es



como sigue. Debajo de cada pilón de fuente han abierto unas cámaras subterráneas revestidas con betún impermeable, y en el techo de estas cámaras hay practicadas chimeneas verticales colocadas bajo los saltos de agua, y que rematan en un espejo que forma el mismo fondo del pilón.

En cada cámara existe una lámpara de arco eléctrico de gran intensidad, cuya luz va dirigida horizontalmente por un reflector parabólico bajo la chimenea de la cámara, y un espejo colocado á cuarenta y cinco grados de inclinación devuelve verticalmente de arriba abajo el haz luminoso, que después de haber atravesado una lámina coloreada y el espejo en que remata la chimenea, viene á iluminar todo el salto de agua con matices, ora rojos, ora verdes, ora cerúleos, según el color de la lámina. El agua en movimiento absorbe por completo la luz eléctrica, y como, por consiguiente, los surtidores y las gotitas sueltas son lo que adquiere color, es inexplicable el mágico efecto de aquella juguetona masa líquida, que escalonada en innumerables sartas de pedrería, salta, se deshace y pierde en la obscuridad para reaparecer á los dos minutos, trocados los granates en perlas, ó las esmeraldas en turquesas movibles y refulgentes.

\*  
\*  
\*

Ya es tiempo de que yo empiece á describir algunas instalaciones nacionales; y siguiendo

el orden cronológico de nuestra civilización, empezaré por Grecia.

En la Exposición Universal de Viena, recuerdo que la sección griega, que apenas ocupaba terreno, exponía, entre otros modestísimos productos, un vaso de cristal verdoso y tosco que me llamó mucho la atención. Era el primer vago de la industria en el país que á todos los demás ha dado la norma del arte, que ha condicionado por espacio de largos siglos nuestra estética y nuestro ideal.

El ánfora, ese nobilísimo cacharro cuyo armonioso nombre suena musicalmente, en el cual parece que sólo debe encerrarse néctar; el vaso etrusco, con la riqueza de su bicromía y con la elegancia de su diseño; la copa donde humedecen las palomas sus amorosos picos; todos los recipientes gallardos que hoy admiramos en los museos, son creación de Grecia; y ese pueblo artista ha descendido tanto, tantas vicisitudes y tantas desventuras vinieron á caer sobre él, que llegó á enorgullecerse de un vidrio informe, y á presentarlo á Europa como muestra de su vitalidad y de su trabajo. ¡La patria de Fidias y de Praxíteles; la patria de los dioses, á fines del siglo XIX, exponiendo un grosero vaso, de la misma hechura que los que sirven á los aldeanos gallegos para beber el vino adulterado ó el soez aguardiente de caña! El corazón se me oprimió de piedad y tristeza, como si viésemos á una Emperatriz obligada á salir pidiendo limosna por las calles.

En la Exposición actual, Grecia no se presen-



ta tan pobremente vestida; aparece cual si empezase á aletear en ella la vida industrial, fuente de prosperidad para las naciones contemporáneas. Su pabellón es de sobrio y puro estilo helénico; las alfombras que adornan sus muros pueden competir con las mejores de Persia; los trozos de mármol y jaspe recuerdan los días áureos de la estatuaria, cuando el soplo de un arte inmortal los arrancaba de las canteras de Paros y de Chíos, á fin de convertirlos en deidades.

Maniqués vestidos con el traje nacional nos muestran la Grecia moderna, cada vez más orientalizada, siempre gentil, airosa y pintoresca; y riquísimos bordados de colorido muy suave demuestran la permanencia de la aptitud artística en la raza, pues son obras de las mujeres de los pescadores de Corinto y de las labradoras de Atenas, que, por entretenerse, ejecutan tan graciosa labor.

En medio de la sala luce un plano en relieve del reino de Grecia, donde rios, mares y golfos están representados por trozos de vidrio semejantes al vaso que he descrito hará un instante. Mi aturdimiento ó mi mala fortuna quisieron que apoyase el codo precisamente sobre el golfo de Lepanto, y que lo hiciese añicos en un santiamén. Formóse al punto un corro de gente asustada, horrorizada de mi desafuero; no perdí la sangre fría: saqué el portamonedas, recordando que en mi patria suele decirse que el que rompe ha de pagar; mas al convencerse de que el destrozo no representaría valor de se-

tenta y cinco céntimos, un caballero muy almirado y cortés salió á rogarme que me fuera en paz, y así dejé la sección griega, habiendo ganado la batalla de Lepanto.

## CARTA XII

## RUSIA — INDIA

París, Julio 2.

ME acompañaba el escritor ruso Isaac Paulowsky, autor de las *Memorias de un nihilista*, último amigo del gran novelista Iván Turguenef, y corresponsal en París del *Nuevo Tiempo* de San Petersburgo. Naturalmente, después de la visita de cortesía á la Grecia moderna para conmemorar las glorias de la antigua, mi acompañante me llevó, quieras no quieras, á la sección rusa y á la *isba* ó cabaña del distrito de *Troitza*, ó, como diríamos en castellano, de la Trinidad.

Para mí tiene especial encanto lo que se refiere á Rusia. Si Grecia es el ayer de la civilización europea, Rusia es acaso el mañana. En ese inmenso Imperio, sujeto por espacio de tantos siglos al látigo tártaro ó al autocrático cetro de los Zares; en esa inconmensurable extensión de tierra, mayor ella sola que el resto del continente europeo, hay un misterio y un



problema que sólo el tiempo logrará descifrar.

\*  
\*  
\*

Otro motivo que me obliga á interesarme por Rusia, es la situación especial de la mujer en esta nación, diferente de la mi sexo en el resto de Europa. Mientras en nuestros países occidentales, donde tanto se cacarean la libertad y los derechos políticos, la mujer carece de personalidad y le están cerrados todos los caminos y vedados todos los horizontes de la inteligencia, en Rusia, donde hasta hace pocos años existía la servidumbre, y el Parlamento es todavía una pura hipótesis, de la cual los mismos liberales se rien, y las Constituciones futuras un papel mojado y el monarca un rey neto, la mujer se coloca al nivel del hombre, y la inmensa distancia que separa en los países latinos á los dos sexos, es desconocida ó tenida por la mayor iniquidad. París está lleno de estudiantas rusas que se dejan atrás en celo y aplicación á sus cofrades del sexo fuerte. Lo primero que tuve el gusto de encontrarme en la sección rusa, fue á una señorita muy inteligente, comisionada por una importante casa librera moscovita, y que cumplía su obligación con una formalidad, un cuidado y una firmeza que me encantaron. Sencilla en su traje, franca y discreta en su hablar, seria en sus miradas y en su continente, la comisionada rusa me cautivó, como toda señora que, no con sentimentales

alardes ni con risibles exageraciones, sino con hechos, contribuya á la redención de un sexo verdaderamente esclavo, ya le aten grillos de hierro, ya cadenas de oro y diamantes.

\*  
\*  
\*

La casa librera cuya instalación dirige esta señora se consagra exclusivamente á imprimir y vender libros populares destinados á la instrucción del pueblo, baratisimos por consiguiente, y algunos ilustrados de un modo digno de nota. Pero lo que más fijó mi atención en la instalación de esta librería fueron dos gruesos volúmenes en 4.º mayor, cuyo título, traducido á nuestro idioma, quiere decir: "¿Qué género de lectura conviene más al pueblo?" La explicación de estos dos volúmenes bastará para probar cuán activo es el papel de la mujer en la tarea de la original civilización rusa.

Es el caso que un grupo de institutrices pertenecientes á una escuela dominical para la mujer, que existe hace años en el pueblo de Karkof bajo la dirección de una señora Cristina Altchewsky, se propuso ir recogiendo cuidadosamente la impresión producida sobre un auditorio popular por la lectura en alta voz de libros que pudiesen interesarle en mayor ó menor grado. Al terminar las lecturas, las institutrices ó maestras iban preguntando á los oyentes su opinión, y esmeradamente la apuntaban y recogían. Clasificando metódicamente estas notas, llegaron á formar un vasto indicador de



los libros más adecuados al entendimiento de las clases populares. El primer tomo vió la luz hacia 1882 y atrajo inmediatamente la atención de cuantos se interesan por la enseñanza del pueblo. El segundo acaba de publicarse, y es mucho más rico en noticias, conteniendo inmensa cantidad de preciosas indicaciones acerca del desarrollo de la cultura intelectual en la plebe rusa. Este segundo tomo atesora el análisis de cerca de 2.500 obras destinadas á la lectura del pueblo: cada análisis refleja fielmente la impresión que de semejantes libros recibió el auditorio, estudiado por las inteligentes y concienzudas maestras.

El difícil y tentador enigma, la esfinge del alma popular, de la Psíquis plebeya, sólo puede ser resuelto con estudios así. Y esta obra de reflexión y de análisis, de verdadera sociología, la ha realizado un puñado de hembras valerosas, arrinconadas en una capital de provincia y consagradas á la humilde tarea de instruir á la hez del populacho. Acaso no faltará en mi buena y clásica patria quien se admire de que los rusos no prefieran dedicar á sus señoras á la operación de espumar el puchero, base de todas nuestras virtudes domésticas.

Como Rusia es el país de los contrastes, la nación en que más se tocan los extremos, después de haber admirado los adelantos pedagógicos y la condición racional y libre de la mujer, vimos á dos pasos una especie de museito etnográfico, recopilación de los tipos, trajes y costumbres de un pueblo ruso, de los pertene-

cientes al elemento mogólico, que habita en las fronteras siberianas. La mujer—cuyo aspecto físico nos mostró un maniquí de aplastada y chata faz—lleva á su hijo colgado de la espalda, metido en una especie de ingenioso cuévano; y en un escaparate, semioculto, se entrevé el cinturón que, ceñido al vientre de esa mujer cuando alcanza la pubertad, no le es lícito desceñir nunca hasta que el marido, en la noche de novios, lo rasga de una puñalada. ¡Qué dos mujeres, que dos símbolos! Esta infeliz mogola hecha bestia de carga y máquina de brutal placer, y la caucasiana que ahí, á poca distancia, arregla sus libros y contesta con dignidad y varonil discreción á mis preguntas! Rusia lleva en sus entrañas bárbaras el germen de una civilización superior á la nuestra: si queréis saber lo que será un pueblo, considerad lo que hace de la mujer.

\* \* \*

En arte, lo más notable que expone Rusia es la orfebrería. Del estilo bizantino, nielado y esmaltado con delicadísimos colores, hay cucharas, saleros, tazas, servicios de té, *iconas* y otros muchos objetos que son joyas verdaderas.

La parte exterior del pabellón ruso ofrece más interés que la interior. Es una reproducción de algunas maravillas arquitectónicas moscovitas, en las cuales domina también el estilo oriental y decadente de Bizancio. El muro del Kremlin, las balconadas del palacio de Tehrem,



las torres de la catedral del bienaventurado San Basilio—ó, como ellos dicen, *Wassili Blagenni*—el campanario de Iván el Terrible, y la torre de Soukareff: todo esto ha reunido el arquitecto para ahorrarnos un viaje á Rusia. ¡Con cuánto gusto lo haríamos, no obstante, si quiera fuese tan sólo para visitar aquel misterioso convento de Troitza, tan magistralmente descrito por Teófilo Gautier y del cual nos trae una reminiscencia la cabaña ó *isba* rusa!

\* \* \*

En esta cabaña, construida con troncos de árboles despojados de su corteza, está un mancebo alto, rubio, vigoroso, de azules ojos y semblante cándido, como el de los San Juanes de los cuadros viejos. Viste el pintoresco traje veraniego del *mujik* ó aldeano ruso: las botas altas, el calzón bombacho de pana negra, el gorro negro también, la blusa roja, sujeta al talle con cinturón de cuero. Las manos de este joven hércules, manos anchas y rudas, que parecen hechas para manejar la fusta ó el arado, se dedican á esculpir.... ¡y qué esculturas! Medallones y dípticos microscópicos de tres pulgadas de alto, donde cada figurita es mucho menor que mi dedo meñique, y en que cada detalle es una filigrana, digna de ser vista con lente. El padre de este muchacho—sencillo aldeano también del distrito de Troitza—ha esculpido un tríptico tan hermoso, que mi compatriota el se-

ñor López Dóriga lo adquirió para un Museo español en el precio de quinientos francos.

Lo notable es que estas esculturas religioso-plebeyas tienen una unción, una nobleza y una dulzura mística incomparables. El pueblo ruso es un pueblo creyente, de alma profunda, que necesita y experimenta la impresión de lo infinito y lo sacrosanto: la *icona* ó imagen sale de sus manos con carácter divino, convidando á la oración. El santo, el bienaventurado, es el único personaje que sabe hacer. Hasta en los objetos vulgares, de uso diario, como plegaderas, cucharas y tenedores para la ensalada, etcétera, coloca á guisa de remate un San Sergio, un San Nicolás ó un San Miguel, envueltos en sus hieráticas vestiduras.

La *icona* rusa, propiamente dicha, suele ser un Cristo ó una Virgen con el Niño en brazos. Las manos y la cara, pintadas de color obscuro, casi negro, tienen inefable y célica expresión; el ropaje, de angulosos pliegues, es de metal sobredorado ó plateado. De estas *iconas* hay en la *isba* más pobre: á ninguna le falta su lámpara ó su cirio siempre ardiendo. Cuando visité en la Exposición de Barcelona la escuadra rusa, lo primero que me enseñaron á bordo de la fragata capitana fue la santa icona, refulgente de plata y pedrería, regalo del gran duque Wladimiro, si no me engaño.

Por no salir de Oriente, después de Rusia nos fuimos al pabellón indostánico. En mi concepto es una de las cosas más lindas de la Exposición, y de las de que mejor han conseguido ad-



quirir barniz local, algo que halaga la vista, haciendo creer que, en efecto, nos hemos trasladado á comarcas remotas. Exteriormente está pintado de un tono rojo teja, y le realza un cintado de escultura, algo semejante á los alicatados de la Alhambra, á modo de transparente encaje blanco sobre el moreno cutis de una beldad india. La cúpula central forma un patio sevillano de los más frescos y poéticos, aunque oficialmente sea copia de la torre que se alza en Delhi. El tazón de la fuente recuerda la de los Leones en el patio del Alcázar granadino y el verde de una inmensa palmera que surge del centro de la fuente, regocija los ojos fatigados del sol, al par que la melodía del chorro de agua recrea los sentidos.

\* \*

A la sombra de esta palmera, al rumor de esta fuente, tomamos varios amigos un helado servido por indios verdaderos, cuyos rostros y trajes tenían el sello de indudable autenticidad. El que nos trajo el refresco era de Chandernagor, y parecía arrancado de alguna miniatura ejecutada en la pared de una pagoda. Esta raza sí que no se confunde con ninguna. No son negros, ni amarillos, ni rojos; son de un moreno atezado, obscurísimo, que hace resaltar más la blancura del traje y del turbante, la negrura de los cabellos, barba y cejas. Las facciones son delicadas y correctas; los ojos grandes, dulcísimos, pensativos, sombreados por las me-

jores pestañas que he visto nunca. Son graves y reflexivos, aristocráticos y nobles, aunque debo suponer que estos infelices, traídos aquí para servir de mozos de café, no pertenecerán á ninguna de las castas ilustres de la India; no serán ¿qué habían de ser? ni *bracmanes*, ó sacerdotes, ni *chatrias*, ó caballeros, sino *sudras*, pueblo, gente vil, cuyo contacto haría impuro un sacrificio. Tal vez hayan salido de la casta ínfima, despreciada y aborrecida, de los *parias*, hermanos de nuestros gitanos. Esta nobleza y distinción que noto en ellos es la nobleza característica de Oriente, cuna del género humano, manantial sagrado de la tradición y de la historia. ¡Pobre raza oscura, dominada hoy por los bárbaros del Norte, hecha instrumento de la actividad implacable del anglosajón! ¡Pobre raza soñadora, filosófica y artística, convertida en mercado de los productos ingleses! ¿De qué le sirve á un pueblo la inteligencia sin la voluntad?

La India moderna es una prueba más de que las religiones fatalistas son la predestinación al vencimiento.

\* \*

Todavía el arte indio se muestra original y encantador. Los trabajos de plata y bronce tienen la gracia del exotismo y la riqueza de detalles que llama la atención en las cúpulas y santuarios de las pagodas. Abanicos de pluma de pavo real y vetiver, que parecen destinados



á abanicar á la reina de Saba; paños amarillos como la luz del sol, todos recamados de plata y oro, talco y lentejuelas; jarritas de madera pintada, que semejan trozos de esmalte copiados del libro persa el *Shah Nameh*; campanillas rematadas en divinidades indostánicas, como Ganesa con su trono de calaveras, ó la Trimurti con su cabeza triple; cucharas hechas de un reptil; teteras que son una maravilla de repujado y cincelado; juguetes extraordinarios que resuelven un problema de equilibrio; cacharros azules, de un azul de cielo, con extraños dibujos que nosotros llamaríamos árabes, pero que en realidad son la expresión primitiva del arte oriental; collares de cuentas de granate, vidrio y perlas, á propósito para adornar la tostada garganta de una bayadera; brazaletes, broches, bandejas, rodela, cascós... todo es digno de un pueblo artista y simbolista; nada revela la infancia de una raza, sino, al contrario, su pleno desarrollo estético: el indio no es el salvaje, en cuyas labores nos interesa el candor infantil; es un pueblo que elaboró completamente su cultura, y á quien esta cultura bastaba para ser dichoso, si razas del Norte, del Norte individualista y batallador, no hubiesen codiciado la riqueza y la fertilidad de su suelo paradisiaco.

## CARTA XIII

## LOS "TICKETS".—IMPRESIONES

Paris, Julio 9.

No sé si el número de entradas en la Exposición baja ó sube; pero sí que los *tickets* ó billetes de ingreso están cada día más baratos.

Estos *tickets* han sido pretexto para un negocio asaz importante. Hizose una emisión de algunos millones, y al punto se convirtieron los *tickets* en una especie de papel moneda, que tiene sus alteraciones y altibajos, y que, cotizado nominalmente al valor de *un franco*, unas veces se vende á sesenta y cinco céntimos y otras descende hasta treinta y cinco, el nivel más inferior que han alcanzado por ahora. Ya hay especuladores que se han enriquecido con semejante negocio.

Es imposible andar diez pasos en París, ni entrar en establecimiento alguno, sin verse asaltado por el ofrecimiento de *ticket*, que le meten á uno por los ojos. Camino de la Exposición, se abalanza al coche media docena de pilluelos que, en vez de pedir limosna, me brindan los *tickets*. Yo tengo mi tarjeta de periodista y no he de menester entradas (las tarjetas de periodista se componen de un retrato, una firma y una autorización); pero mis niños nece-